

# VOLTAIRE

CUENTOS COMPLETOS  
en prosa y verso

Edición y traducción de  
**Mauro Armiño**



Aunque Voltaire empezó a escribir cuentos en su etapa de «cortesano», cuando, como gentilhomme de la cámara del rey, debía proveer al entretenimiento de la corte, en estos textos ya estarán presentes los propósitos de toda su escritura: divulgar las nuevas ideas, combatir la ineptitud y la mentira religiosas, luchar por la tolerancia, y todo ello envuelto en ficciones narrativas que pueden llevar al lector tanto a los espacios interplanetarios como a Oriente, con las aventuras amorosas de sus princesas y huríes.

Sus *Novelas y cuentos* son un arma más de la «máquina de guerra» que, según Flaubert, era todo lo que salió de la pluma de Voltaire. Todas sus preocupaciones, todas sus «lecciones» de filosofía de la vida, están en estos cuentos: desde su apoyo a los avances científicos de la época hasta su lucha, casi obsesiva, contra la superstición y el fanatismo religioso. Todos sus protagonistas, desde Cándido hasta el Ingenuo, después de verse arrastrados por una riada de acontecimientos aparentemente caóticos y faltos de sentido, una vez hecha por el escritor la sátira del desorden del mundo, terminan triunfando porque aplican la filosofía de la experiencia. Nunca como en estas ficciones, que reúnen la originalidad del pensador y la sátira del crítico, su espíritu y su pluma fueron tan libres.

## TIEMPO DE CLÁSICOS

• Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...». • Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos. • Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. • Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. • Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura. • Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. • Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres). • Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima. • Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. • Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes. • Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte

a ti mismo en relación y quizás en contraste con él. • Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. • Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. • Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

*Por qué leer los clásicos, Italo Calvino*

## Prólogo

Si hay un término que unifique la visión que del siglo XVIII en Europa se tiene, éste es el de Razón, hasta el punto de que fue convertida en diosa cuando la Revolución francesa derrocó viejos altares. Y a la cabeza de los *philosophes* que combatieron en todos los frentes, desde el industrial hasta el ideológico, figuró Voltaire, que dio su nombre a ese siglo XVIII, también llamado el «Siglo de Voltaire». La *Enciclopedia*, d'Alembert, Voltaire, Diderot, Rousseau y un largo etcétera, emprendieron la tarea de reescribir el mundo, y la visión que de él se tenía, desde la lógica y el pensamiento racional; hasta entonces, eran fuerzas extraterrestres, un Dios que regía el Universo con reglas y normas contrarias al sentido común, las que ordenaban la existencia del hombre en la tierra, y, por otro lado, cimentaban un orden social injusto. Con la Razón por linterna, los *philosophes* se encaminaron hacia la búsqueda de la Verdad; había que explicar el mundo de nuevo, porque la teología, rígida conductora de mentes y de comportamientos sociales hasta entonces, hacía aguas e imponía un dogmatismo contrario a lo que los propios ojos, sin necesidad de más luces, veían, sometiendo los fenómenos naturales y la ordenación social a lo sobrehumano.

Todos los *philosophes* —D'Alembert, Diderot, Voltaire, Rousseau y un largo etcétera de compañeros tanto literarios como científicos— se lanzaron a reescribir el mundo y dejaron sentados, en el trabajo mayor de la historia contem-

poránea, la *Enciclopedia*, los fundamentos de esa visión nueva. Esa generación ha pasado a la historia marcada por esa primacía. Voltaire, por ejemplo, es el razonador y polemista infatigable, el filósofo de su tiempo por su radical antimetafísica, el historiador que escudriña con detalle la realidad de su propia época olvidando voluntariamente las viejas historias y los cuentos para viejas, el redactor de panfletos, el articulista furibundo. Pero ¿dónde estaba la loca de la casa, la imaginación, la fantasía? El peso de los citados *philosophes* consistía en esa agitación permanente del espíritu a que sometieron su época en todos los planos del pensamiento y la acción: punto por punto asestaron sus lentes de aumento sobre todos los oficios, desde los más prácticos a los menos prensiles, desde los más concretos a los más abstractos: estudios y tratados que analizan oficios manuales como la carpintería o el vidrio y su aplicación a objetos suntuarios o medicinales —anteojos para la vista, para la investigación científica—, o sutiles paradojas sobre hechos más abstractos, con su séquito de circunstancias sociológicas o filosóficas: por ejemplo, la *Paradoja sobre el comediante*, de Diderot, que expone los rudimentos teatrales a su protagonista: el actor.

No son la Belleza ni la Fantasía las que rigen el concepto de lo Ilustrado ni lo que persiguen los *philosophes*: y sin embargo, en el caso de Voltaire, son las que han salvado su nombre durante tres siglos: con sonrisa sardónica unas veces, con virulencia otras, aplicó la crítica a todos los problemas que se planteaban al hombre del siglo XVIII, empleando para ello todas las armas a su alcance: el panfleto, el artículo, los libros de filosofía o de historia, una correspondencia ingente... No hay obra más enorme que la de Voltaire en la literatura francesa: a los cincuenta volúmenes que abarca su obra completa, ha venido a añadirse una docena más de una correspondencia que cada día se revela más abrumadora e importante: por sus casi veinte mil páginas pasa completo el siglo XVIII, con todos los temas que le

habían interesado desde la infancia, hasta el punto de constituir una unidad con el resto de esa gigantesca obra que, en la nueva edición en marcha, iniciada en 1968, tiene previstos 150 volúmenes. Todo lo que salió de su pluma apunta, si dejamos a un lado sus iniciales intentos de escritor cortesano, a un fin «social», a un objetivo: cambiar el mundo.

## De la imaginación a la Razón

Y sin embargo, tanto en Diderot como en Voltaire, por citar sólo a dos, la loca de la casa trabajó arduamente; en el primero, con unas novelas que, pese al sustrato filosófico que las alienta, pertenecen al mundo de la ficción: desde *El sobrino de Rameau* o *Jacques el fatalista* pasando por *La religiosa*; en el caso de Voltaire, con aquello que precisamente lo mantiene vivo fuera del mundo académico: sus cuentos y novelas son los únicos textos que permiten darle hoy el calificativo de «nuestro contemporáneo».

No había sido la «filosófica» la inclinación primera de Voltaire, niño prodigio, famoso a los diez años por unos versos y a los doce por una tragedia. Eran el teatro y la poesía los que daban y quitaban en esos inicios del siglo XVIII la inmortalidad, y Voltaire se lanzó a la escritura de numerosas tragedias, *Edipo*, *Marianne*, *Brutus*, *Zaire* y un largo etcétera, que sustentaron su prestigio en vida; de toda esa obra hoy no queda nada sobre ninguna candileja; seguía, junto a los celebrados actores del Théâtre Français (la Comédie Française), la engolada tradición de Corneille y de Racine, a la que Molière había asestado casi medio siglo antes el golpe de gracia: la expresión ampulosa de grandes sentimientos en versos de sonoridad retumbante había muerto a los pies de Tartufo y de las comedias en que Molière —desde dentro del sistema de Luis XIV— se burlaba

de la realidad que rodeaba a la corte, de los «caracteres» humanos de todos los tiempos: los avaros, los hipócritas, los pretenciosos, las ridiculeces de hombres y mujeres, en un marco social que, con su falsedad, ayudaba, si no potenciaba, a esa exhibición de los defectos personales.

Literariamente, Voltaire arranca de unos presupuestos dictados por Boileau y su *Arte poética* —que él consideraba superior a la de Horacio—, y se aplica a la escritura, como orfebre, de epigramas, madrigales, sonetos y tragedias, convencido de que «la poesía es la elocuencia armoniosa»; ese oropel —timbre de gloria para Voltaire en su centuria— es la causa de su olvido fuera de los ámbitos académicos. Pero la Belleza así dictaminada era contraria al motor que iba a animar su adolescencia y el resto del siglo; tras tanta palabrería habían de llegar los inicios de la ciencia y el conocimiento de la naturaleza como medios para hacer del futuro de la humanidad algo más habitable, y para explicar el pasado desde presupuestos que se movían con los avances del siglo y no con las fábulas propaladas por la Religión. Los mitos griegos y los héroes romanos que pueblan las obras de Racine y de Corneille —y del propio Voltaire en su apartado teatral y en algunos de sus cuentos en verso—, las religiones con sus dogmas y sus leyendas, de nada servían para esa búsqueda de progreso. Tres años tenía Voltaire cuando se publicó el *Dictionnaire historique et critique* de Bayle, que iba a inspirar el paso de la sociedad absolutista a la racionalista: el siglo XVIII no precisa ya de héroes emblemáticos, sino de un número lo más amplio posible de ciudadanos que, mediante el sentido común y unas normas de comportamiento regladas, sienten la base de la «civilización» nueva a la que aspiran, la «civilidad», el ciudadano civil, servidor y usuario de una comunidad hecha para beneficio de todos. Voltaire no renunciará a incrustar, entre los alejandrinos de sus tragedias romanas, griegas u orientales, la píldora útil, la moraleja que enuncia verdades relacionadas no con los grandes sentimientos, sino con la vida

inmediata, con la realidad en que se movía el espectador. Había que buscar la Verdad, no la Belleza, de la mano de la Razón: para que Voltaire se dé cuenta hubo de producirse un hecho que cambió el sentido de su escritura.

## Hacia el conocimiento

La Bastilla, la cárcel más famosa del Antiguo Régimen, ayudó a más de un ilustrado a seguir pensando las ideas que lo habían llevado hasta sus mazmorras. Voltaire las visitó brevemente por primera vez en 1717, por unos versos insolentes sobre el Regente; la segunda, en 1726, por haber hecho gala de su ingenio en el *foyer* del Théâtre Français, o en el palco de la actriz más celebrada de su tiempo, Adrienne Lecouvreur, contra el caballero de Rohan; firmaba entonces el filósofo con el doble apellido Arouet de Voltaire, prueba de un origen plebeyo que trataba de disimular. Interpelado con sorna y virulencia sobre esos apellidos por el aristócrata el 6 de febrero de 1726, Voltaire respondió: «Señor, yo empiezo mi apellido, y vos, vos acabáis el vuestro». Rohan mandó a una cuadrilla de sus criados que vapulearan al joven bravucón días después. El apaleado reclamó justicia ante el rey, pero todo el mundo aristócrata que celebraba con estruendo sus éxitos teatrales le dio la espalda. Cuando ya se había armado de dos pistolas para vengarse o batirse, fue arrestado y encarcelado de nuevo en la Bastilla; la situación no parecía demasiado injusta en una sociedad estamental, pero sí molesta: terminó adoptándose la solución propuesta por el filósofo para recobrar la libertad: dejaría voluntariamente Francia rumbo a un exilio en Inglaterra. De Londres trajo escritas, dos años más tarde, sus *Cartas filosóficas*; una de ellas, la número XXIV, lleva por título: «Sobre la consideración que se debe a los hombres de letras».

Esas *Cartas inglesas* suponen un cambio radical tanto para la carrera de Voltaire como para la cultura francesa, ya que, a partir de ese momento, pondrá toda su energía y su inteligencia al servicio del combate contra el oscurantismo y las tinieblas que impedían el avance de la Razón: poemas, obras de teatro, folletos, estancias, cuentos, sátiras, epístolas. Voltaire vuelve, además, convencido de que «nunca veinte volúmenes *in folio* harán revoluciones: son los libritos portátiles a treinta sous los que hay que temer. Si los Evangelios hubieran costado 1.200 sestercios, la religión cristiana nunca se habría asentado».

Pese a este convencimiento, Voltaire continuará escribiendo obras de teatro —el mismo año de su muerte, a los ochenta y cuatro años, estrena *Irène*—. Para el discípulo de Boileau, la poesía era forma y norma; en cambio, en la retórica particular de Voltaire no entra nada que no concuerde con la definición de la prosa: orden, racionalidad y claridad meridiana de sentido, para disipar cualquier sombra y convertirse en transporte de la primera ley exigible de la poesía: enseñar la virtud, la indulgencia y el amor al prójimo, además de servir, en caso de ataque, de arma arrojadiza.

## La carrera de un filósofo

Es ya un tópico consagrado, no por ello menos cierto, que el tiempo se ha encargado de reducir todo ese esfuerzo «evangelizador» de la buena nueva de la civilización a polvo, lo mismo que el de sus compañeros de generación —desde el Rousseau del *Contrato social* hasta Diderot y la *Enciclopedia*—, que sentaron las bases que desgastaron los cimientos del Antiguo Régimen y acabaron con ellos en 1789. Así lo reconoció la Revolución francesa, dando cabida, durante una ceremonia grandiosa el 11 de julio de

1791, en el recién inaugurado «Panteón francés» para hombres ilustres, a las cenizas de Voltaire, a las que treinta años más tarde se unirían las de Jean-Jacques Rousseau.

Pero ¿quién se acuerda de aquella *Enríada*, feroz requisitoria que lanzó contra la noche de San Bartolomé y las guerras de religión, por más que demuestre su odio al fanatismo? Aunque *La Pucelle (La Doncella)*, sobre uno de los mitos mayores de la historia de Francia, Juana de Arco, fue piedra de escándalo en su tiempo, y el poema *Le Mondain (El mundano)* se convirtió en un breviario de epicureísmo religioso, hoy sólo los historiadores de la literatura leen esos poemas grandilocuentes. Si algo queda de Voltaire en el capítulo de la lírica es lo que escribió cuando, convencido de su inutilidad para fines de progreso, se tomaba la poesía como una diversión y hacía epigramas y poemillas de circunstancias a distintas mujeres, sobre temas intranscendentes; de todo ello queda tal o cual pasaje furibundamente sentimental de una tirada trágica o algún poema de coloración más personal, por ejemplo, las *Stances à Mme. du Châtelet (Estancias a Mme. du Châtelet)* (1746) cuyos versos

*Si vous voulez que j'aime encore  
Rendez-moi l'âge des amours*

resonarán dos siglos más tarde en la literatura española.

Aún así, hay dos poemas que tienen una importancia capital: el ya citado *El mundano* (1738) levantó ampollas en el partido devoto, que vio en el culto rendido al desarrollo de la ciencia a través de Newton y en su elogio del lujo un ataque a la Iglesia; y sobre todo, el *Poème sur le désastre de Lisbonne (Poema sobre el desastre de Lisboa)*: el terremoto de la capital portuguesa sumió a Voltaire en una angustia que proyectará en varios de sus cuentos de manera obsesiva<sup>[1]</sup>.

Poco más interés tienen en la actualidad sus incursiones por los campos de la ciencia, los *Elementos de la filosofía de Newton*, por ejemplo, salvo el haber convertido a Voltaire en un discípulo del sistema newtoniano, cuya grandeza fue uno de los primeros en captar; y, corolario de tal comprensión, el rechazo de Descartes, que seguía dominando el pensamiento filosófico francés con su teoría de los torbellinos, la materia sutil y los átomos ganchudos o curvados. En su tiempo, ese trabajo cumplió una función determinante para el progreso del siglo: eran textos de divulgación de la ciencia reciente, como lo fue el *Discurso sobre el hombre*, cumbre en el terreno de la moral filosófica de las teorías científicas newtonianas.

En el ámbito de la historia, sus voluminosas obras, que llegan a pretenderse historia universal de Europa y Asia desde el Medievo hasta el siglo XVIII, como el *Ensayo sobre las costumbres*, le valieron persecuciones y motivaron sus huidas, lo mismo que el *Diccionario filosófico*. Eran lo que Voltaire pretendía que fueran: textos portátiles —aunque sea poco «portátil» el primero de los títulos—, de lucha contra el fanatismo y la intolerancia, cuyos horrores enumera desde la Alta Edad Media. Con mirada crítica, Voltaire decide denunciar los mitos —peor que las mentiras—, acabar con las fantasías, nacidas de la superstición y madres del terror impuesto durante siglos por las religiones y, en particular, por la Iglesia católica. La libertad se convertía así en la primera de las metas; para alcanzarla se precisaba el triunfo de la Razón, que, a pesar de todos los accidentes de la historia, debía regir la vida de los hombres, acompañada por la «benevolencia natural» de los seres humanos entre sí; eso cree Voltaire, al menos hasta los años cincuenta, cuando, tras la muerte de su amiga Mme. du Châtelet, se refugie en la corte de Federico II, que lo llama a su lado; pero esa relación resultará un fracaso capaz de poner en cuestión todo el sistema de creencias volterrianas, empezando por la amistad.

Si la creencia en la bondad natural del hombre —Voltaire sostendrá, por ejemplo, que los antropófagos se comen a sus parientes para darles «una tumba en el seno filial, en lugar de dejar que se los coman los vencedores»— hace a nuestro autor compañero de su gran adversario, J.-J. Rousseau, por lo menos hasta mediados de siglo su confianza y fe en el progreso tuvo asiento más sólido: lo demuestra su *Siglo de Luis XIV*, que aparece en 1751 completando el *Ensayo sobre las costumbres*, justo en el momento en que se publica el primer volumen de la *Enciclopedia*, auténtico golpe de timón para la historia de la humanidad.

## Setenta años de escritura

Puede parecer paradójico que el máximo representante del siglo de la Razón se recuerde, casi tres centurias más tarde, precisamente por las obras que salieron de un hemisferio del cerebro distinto del lógico y racional: sus cuentos y novelas; y también que los productos de la imaginación hayan pervivido junto al uso común del adjetivo «volteriano», entendido como un espíritu, el «espíritu Voltaire»: primero, una forma de agitar la realidad para cambiarla, de enfrentarse al mundo, a costumbres y modos de pensar anclados en la Edad Media, que pervivían en medio de los vistosos ropajes y la «modernidad» que Luis XIV había impuesto durante la centuria anterior para consolidar, bendecido por la Iglesia, el orden sagrado que representaba la monarquía; y, en segundo lugar, una figura siempre tensa, crítica y burlona que toca todos los temas y géneros, pasa de uno a otro con su punta de ironía o con la lanza de una crítica despiadada: el panfleto y la tragedia, el ensayo filosófico y el informe jurídico, el análisis científico e histórico, la novela y el cuento, e incluso la poesía, a la que se acercó con un espíritu racionalista y moralizante que le ce-

rró los caminos a cualquier hallazgo. En vida y tras su muerte, la persona y la obra oscilaron entre los elogios ampulosos y los insultos más sectarios: el término «volteriano» se convirtió en el denuedo más cercano al insulto descalificador, un cúmulo de todas las maldades y perversidades posibles —salvo la del erotismo, que ha tenido en el marqués de Sade su propietario exclusivo—. ¿Qué queda hoy, además de la rebeldía permanente como encarnación del espíritu volteriano, de esa ingente cantidad de volúmenes?

Entre 1706-1707, presumible fecha de su primer texto conocido —una epístola a Monsieur, título del hermano del rey—, o 1709, año de su primer poema —una *Oda a Santa Genoveva*—, y 1778, cuando los *Diálogos de Evémero*, *El sistema verosímil* y una *Carta del señor Hude* cierran su ciclo de vida, hay setenta años de escritura total.

La década de los años cincuenta es decisiva, tanto para Voltaire como para Europa, tanto para la historia de los pueblos centrales del continente como para la vida personal e intelectual del *philosophe*: el inicio de la Guerra de los Siete Años ensombrece la época feliz de la riqueza y de la hegemonía de Francia: sobre Versalles y el esplendor dejado por Luis XIV se acerca un nubarrón que descargará sobre el país derrota tras derrota, haciendo que el gobierno se vuelva hacia el pasado y se refuerce la reacción clerical a medida que avanza la amenaza del enciclopedismo. Refugiado en la finca de Ferney, junto a Ginebra, pero en territorio francés, Voltaire inicia la última etapa de su vida: cuando en 1755 había comprado Les Délices, se había felicitado esperando que esa finca le diera lo que su nombre prometía y le permitiese vivir, en su retiro, su viejo «sueño del huerto»: no tarda en comprender que ese retiro, a sus sesenta y tres años, se ha convertido en una especie de cárcel que lo aísla del mundo y de los valores que quería defender: «pretendidas Delicias» las llama ya en agosto de 1755. Seis años más tarde, en 1761, Voltaire declara haber «pasado el Rubicón». En esa última etapa, desarrollará una

actividad constante en la que desaparecen todas las veleidades literarias: los últimos veinte años de su vida se dedican al combate, a textos «portátiles» contra el fanatismo y las ideas religiosas, porque el resultado de la Guerra de los Siete Años —victoria de los poderes protestantes sobre los poderes católicos— no sólo no le ofrece ninguna garantía, sino que parece volverse contra él: el partido devoto, más débil, se torna más agresivo, y Voltaire ha de convertirse entonces en defensor de las víctimas de la intolerancia y la intransigencia religiosa. Surgen así sus textos «de defensa»: del pastor protestante Rochette, de un comerciante llamado Jean Calas, del caballero de La Barre: no pudo impedir la ejecución de ninguna de las víctimas de la intransigencia religiosa, pero desde Ferney, con pluma y papel como únicas armas, consiguió demostrar el poder de un «intelectual» y enarbolar un concepto nuevo, el de «tolerancia», que es el que también hace de Voltaire nuestro «contemporáneo».

Crece en esos últimos veinte años el número de *Mélanges*, de folletos y opúsculos de lucha, de «portátiles» contra el fariseísmo, la injusticia, la hipocresía, contra los ídolos más visibles sobre los que se asentaba la organización social del siglo XVIII. Pero, si colaboraron a labrar la estatua del personaje Voltaire, de la «idea volteriana», lo cierto es que hoy, si dejamos a un lado las *Cartas inglesas*, el *Tratado sobre la tolerancia* y el *Diccionario filosófico*, apenas resultan legibles todos estos textos salvo para expertos, historiadores y eruditos. El concepto mismo de literatura ha cambiado, y aquellos títulos —sobre todo los de teatro y poesía— en los que Voltaire basaba sus esperanzas de inmortalidad son pasto de los eruditos y del polvo en las bibliotecas.

Como en otros casos, lo que el escritor considera efímero es lo que perpetúa su nombre. Cervantes confiaba en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* como en el «bronce perenne» horaciano; pero no fue esa novela escrita con un